

Había pachanga aquella noche en La Cueva. Tres animadas bandas tocaban a la vez, y ante cada una de ellas una rolliza «mamá» meneaba las carnes y gritaba: «¡Vaya!» El ruido era casi visible en aquel maremagno de trajes plateados y bocinas discordantes. El sonido se expandía denso como la bruma ciudadana y penetrante como el hedor de una mofeta. La oscuridad quedaba punteada a veces con los destellos metálicos provenientes de una boca abierta que mostraba un puente de oro o profería una palabrota. Eddie Burma entró tambaleándose, se apoyó contra una pared y sintió el dolor tan espeso como un trozo de algodón en la garganta.

La profunda y dolorosa herida sangraba lentamente en su costado derecho. La sangre había comenzado a coagularse. Desprendió la camisa que tenía pegada a la carne. Pudo observar que ya no sangraba. No obstante, se encontraba en un apuro, ésa era la verdad. Nadie que hubiera recibido un tajo como aquél podía dejar de hallarse en un serio aprieto. Y en alguna parte, allí fuera, en la noche, ellos avanzaban hacia él, venían a él. Tenía que librarse de aquello. Alguien debía ayudarle. ¿Pero quién?

Alguien lo haría. Porque sólo ahora, después de quince años de haberle estado ocurriendo todo aquello, Eddie Burma se daba cuenta al fin de lo que había pasado..., de lo que le estaban haciendo..., de lo que ciertamente iban a hacerle. Bajó poco menos que cayéndose el corto trecho de escalones, e inmediatamente se vio sumergido en el humo y el olor de las sombras que se retorcían. Era un humo étnico. Olores portorriqueños, exuberantes sombras de otros países. Lo sentía hondamente. Incluso con las fuerzas a punto de abandonarle, Eddie percibía con intensidad todo aquello.

Ese fue siempre el mayor problema de Eddie Burma, que era un hipersensible. Sentía el mundo en lo más hondo de su ser, a un nivel que la mayoría ni siquiera sabía que existiera. Una de sus dificultades eran los vínculos que le relacionaban con los demás. Incluso allí, en aquella sala de fiestas del suburbio, donde la intensidad del gozo sustituía al atractivo y a la torpeza frívola de las boîtes del centro de la ciudad; allí donde nadie le conocía y por consiguiente nadie podía dañarle, aun allí sentía el pulso vital del mundo latiendo en su interior. Entonces notó de nuevo el calor de la sangre.

Se abrió paso entre los concurrentes en busca de una cabina telefónica, de un excusado, de cualquier lugar donde pudiera esconderse, o de la persona o personas desconocidas que pudieran salvarle de la oscura noche del alma que caía sobre él inexorablemente. Detuvo a un camarero con bigotes a lo Pancho Villa, sucio delantal y bandeja con cañas de cerveza.

—Eh, ¿dónde queda el gabinetto? —le preguntó en mal español, con palabras que

parecían resbalar en su propia sangre.

El camarero puertorriqueño le miró con aire de extrañeza. No le había entendido.

—¿Perdón? —dijo.

—Pregunto por los servicios, amigo. Me estoy desangrando.

—¡Ah, el excusado!... —dijo el hombre, comprendiendo al fin.

Eddie Burma le dio unos golpecitos en el brazo con el dedo y siguió adelante. Casi se cayó contra una mesa ante la cual se hallaban un hombre y dos mujeres, en la semioscuridad. Encontró la puerta de los servicios y entró. Una especie de extra de una película cubana de Superman se encontraba allí peinándose el largo y aceitoso cabello delante del cristal de un recargado tocador. Echó a Eddie Burma una mirada y luego siguió ocupado en la topografía de su peinado. Eddie pasó junto a él y se introdujo en el primer excusado que halló. Una vez dentro, corrió el pestillo y tomó asiento pesadamente sobre el inodoro sin tapa. Se sacó la camisa por fuera del pantalón y la desabrochó.

De nuevo estaba pegada a la piel. Tiró de ella suavemente y cedió con el sonido del fango aplastado bajo los pies. La herida del cuchillo iba desde la parte inferior del pezón izquierdo hasta la cintura. Era profunda. Eddie se hallaba metido en un atolladero. Eddie Burma se puso de nuevo en pie y colgó la camisa del gancho que había detrás de la puerta. Luego sacó una buena cantidad de papel higiénico del grisáceo rollo, hizo con él una bola, lo sumergió en el agua del inodoro y procedió a limpiar la herida. Limpió hondo, muy hondo. Le sobrecogió un vahído y tuvo que volver a sentarse. Extraños pensamientos le dominaron, y dejó que su mente divagase.

Esta mañana, cuando salí por la puerta delantera, había rosas amarillas en los macizos. Aquello me sorprendió. Me olvidé de cortarlas el otoño pasado, y pensé que en las retorcidas extremidades de las ramas (aún allí, muertas como un reproche a mi negligencia) jamás volverían a brotar flores. Pero cuando salí para recoger el periódico, allí estaban las rosas. De un amarillo pleno y luminoso, como el plumaje de un canario, parecía que respirasen húmeda y suavemente.

Aquello me hizo sonreír, y bajé los escalones hasta el primer rellano para recoger el diario. El sector de estacionamiento estaba otra vez cubierto de hojas de eucaliptos, pero lo cierto es que ello proporcionaba, sobre todo aquella mañana, un aire festivo y más vivaz a la pequeña zona privada que rodeaba mi apartada casa de las colinas. Por segunda vez, y sin razón aparente, me encontré sonriendo. Aquél iba a ser un día propicio, y creí que todos los problemas que me afligían, todos los asuntos diversos que me preocupaban (Alice, Burt y Linda: la de la falda de la colina, y todos los lisiados emocionales que acudían en busca de mí ayuda) se solucionarían, y que todos

estaríamos sonriendo al terminar el día. Si esto no ocurría hoy, con seguridad ocurriría el lunes o el martes, a más tardar.

Recogí el periódico, le quité la gomita que lo sujetaba y la arrojé al gran cubo de la basura situado al pie de la escalera. Luego volví a ascender hacia la casa mientras aspiraba el aire matinal. Desplegué el periódico mientras ascendía, y de pronto, con la violencia de un choque en una autopista, la tranquilidad matutina se esfumó a mi alrededor. Me detuve con la pierna flexionada en el aire, a punto de subir un escalón, y mis ojos se nublaron ligeramente, igual que si no hubiese dormido lo suficiente la noche anterior. Pero sí, había dormido perfectamente.

El titular decía:

SE ENCUENTRA A EDWARD BURMA ASESINADO.

Pero..., ¿si yo era Eddie Burma!

Eddie volvió de sus recuerdos de rosas amarillas y metales retorcidos en una autopista, y se encontró inclinado hacia un lado, apoyada la cabeza en la madera del excusado y con los brazos colgando a los costados del inodoro. La sangre corría hasta el cinto del pantalón. Sentía muy pesada la cabeza y un dolor ardiente en el costado, un dolor palpitante, que percutía y martilleaba con una regularidad estremecedora. No podía seguir allí sentado, sin hacer nada, tan sólo esperando. Esperando a la muerte, o esperando a que ellos le encontrasen. Sabía que iban a hallarle. Lo sabía muy bien. El teléfono. Debería llamar...

No tenía idea de la persona a quien podía llamar, pero alguien habría. Alguien habría que le comprendiese, que acudiera con presteza y le salvara. Alguien que ni tomara lo que quedase de él, como harían los otros. Ellos no necesitaban cuchillos. ¡Qué extraño resultaba que ella, la menuda rubia de ojos pequeños y oscuros no se hubiera dado cuenta de eso! O tal vez lo había comprendido, y quizá el frenesí del momento la dominó, y no quiso nutrirse poco a poco, como lo habían hecho los demás. Ella le infirió el corte. Hizo lo mismo que los otros, pero directamente, sin rodeos. Su hoja era muy afilada. Los demás utilizaban instrumentos más siniestros, mucho más sutiles.

Eddie sintió deseos de decirle: prueba un cuchillo sin filo. Pero ella parecía estar muy necesitada, demasiado ansiosa, y no le hubiera escuchado. Se puso en pie trabajosamente y se puso la camisa. Sufría al hacerlo. La camisa estaba empapada con su sangre. Apenas si podía mantenerse derecho.

Arrastrando un pie tras otro, abandonó el excusado y salió de nuevo al recinto de La Cueva. La música de Mamacita Lisa retumbó en sus oídos cruelmente. Se arrimó a una pared y sólo vio sombras que se movían, que se movían incansables en la oscuridad. ¿Estarían ya ellos allí fuera? No, aún no. No irían a buscarle allí, pues no era conocido

aquel lugar. Y su organismo era más débil conforme se iba muriendo, de modo que ninguno de los que allí se amontonaban acudiría a él para satisfacer una imperiosa necesidad. Nadie podría creer en la posibilidad de beber de aquel hombre debilitado, que se apoyaba contra una pared.

Eddie vio una cabina telefónica cerca de la entrada de la cocina, y se abrió paso hasta allí. Una muchacha de largo cabello y ojos de mirada obsesiva le observó cuando pasaba e intentó decirle algo. Pero él reunió las fuerzas suficientes para hacerse el desentendido antes que ella pudiera decirle que estaba encinta y no sabía dónde se hallaba el padre, o que padecía tuberculosis y no tenía dinero para el médico, o que echaba de menos a su madre, que había quedado en San Juan. No se sentía capaz de soportar más sufrimientos, no podía aguantar más el dolor, no podía dejar que otros bebiesen de él. Apenas si le quedaba algo de sí para su propia supervivencia.

—Mis dedos —pensó mientras avanzaba— están cubiertos con las cicatrices de las gentes que he tocado. Mi carne se acuerda de esos contactos. A veces siento como si llevara en las manos unos fuertes guantes de lana, a tal punto es claro el recuerdo de todas esas sensaciones. Eso parece aislarme, separarme de la humanidad. No a la humanidad de mí, bien lo sabe Dios, pues ellos llegan a mí constantemente y sin dificultad, sino a mí de la humanidad. Soy capaz de dejar de lavarme las manos durante muchos días, sólo con el fin de conservar esas capas de contactos, para evitar que se las lleven el agua y el jabón. Los rostros, las voces y el olor de las gentes que conocí ya desaparecieron de mi memoria, pero mis manos todavía los recuerdan. Capa tras capa de manos que tocaron las mías. ¿Puede ser esto sensato? No lo sé. Tendré que pensar en ello muy a fondo cuando tenga tiempo, si es que alguna vez llego a tener tiempo.

Eddie llegó hasta la cabina telefónica. Después de mucho hurgar en sus bolsillos pudo sacar una moneda. Era una moneda grande y sólo necesitaba una pequeña. No podía volver allá atrás, pues nunca tendría fuerzas para regresar. Utilizó la moneda que disponía y marcó el número de un hombre en quien confiaba, un hombre que podía ayudarle. Había recordado a ese hombre ahora, y sabía que era su única salvación. Recordaba haberlo visto durante una asamblea religiosa en Georgia, en una especie de circo teológico donde se gritaba y proferían aleluyas que sonaban algo así como ¡A! ¡L! ¡E! ¡L! ¡U! ¡Y! ¡A!, tal era su vehemencia; donde rostros oscuros y blancos gesticulaban frente a un altar. Recordó al hombre, que estaba en mangas de camisa exhortando a la multitud, y nuevamente escuchó el mensaje espiritual que brotaba de su discurso.

—¡Acudan al Señor, antes que él acuda a ustedes! No sufran en silencio con vuestros pecados. Líbrense de esa carga, pónganla en vuestras manos y entréguenmela a mí. Entréguenme toda la fealdad y la suciedad de vuestras almas, y yo sabré lavarlas con la sangre del Cordero, con la sangre del Señor, con la sangre de la verdad de la Palabra. No hay otro camino, no hay día de resurrección si no se purgan los pecados,

si no limpian su espíritu. Yo puedo soportar todo el dolor que hierve en el fondo de vuestros cuerpos. Escúchenme. Amado Dios, haz que ellos me escuchen. Yo seré vuestra boca, vuestra lengua, vuestra garganta, la trompeta que proclame vuestra liberación a los cielos. Maldad y bondad, angustia y pena, todo ello será mío. Yo puedo soportarlo, yo puedo sufrirlo, yo puedo expulsarlo de vuestra mente, de vuestra alma, de vuestro cuerpo. Este es el lugar, y aquí me tienen. Cuéntenme vuestros sufrimientos. Cristo los conoció, Dios los conoce, yo los conozco y ahora ustedes mismos deben conocerlos. Con cemento y ladrillos han alzado el muro de vuestras penas. Déjenme que las conozca todas. Déjenme que derribe esa pared y penetre en vuestras mentes; déjenme que cargue con vuestras culpas. ¡Yo soy la fuerza! ¡Yo soy el manantial!... ¡Vengan a beber de mi vitalidad!

Y la gente corrió hacia él. Todos encima de él, como hormigas comiendo de un animal muerto. Luego el recuerdo se esfumó. La imagen de la asamblea religiosa se disolvió entre otras imágenes de animales salvajes devorando sus presas, de bandadas de buitres que descendían sobre cuerpos caídos, de pececillos que desgarraban con sus agudos dientes una víctima indefensa, de manos y más manos, de dientes que se hundían en el músculo sangrante.

El teléfono dio la señal de ocupado. Al rato dio ocupado nuevamente. Estuvo marcando el mismo número durante casi una hora, y siempre recibió la señal de ocupado. Algunos clientes de rostro sudoroso intentaron hablar por teléfono, pero Eddie Burma les gritó que lo dejaran tranquilo, que era un asunto de vida o muerte el que consiguiera comunicarse. Los jóvenes se fueron con sus parejas, echándole maldiciones. Pero la línea seguía ocupada. Entonces miró el número de la cabina y se dio cuenta que había estado marcando continuamente ese número. Y que por eso la línea estaba y estaría siempre ocupada. Y que el odio que sentía contra el hombre al cual intentaba llamar y no contestaba era un odio que sentía contra sí mismo.

En ese instante recordó quién era el hombre que había hablado en la asamblea religiosa. Recordó haberle visto saltar de entre el auditorio al estrado para pedir a todos los que sufrían que pusieran fin a su dolor bebiendo de su propia esencia. Lo recordó y el miedo fue aún mayor de lo que podía imaginar. Huyó hacia los servicios, para esperar a que le encontrasen. Eddie Burma se escondía en las letrinas de un sitio recóndito y oscuro, en el inframundo de un universo que le había apartado de la realidad. Pero Eddie Burma era una persona. Tenía sustancia y entidad corpórea. En un mundo de sombras ambulantes, de zombies que alentaban y de ojos siniestros como la carne fría y muerta de la luna, Eddie Burma era una persona concreta.

Había nacido con la capacidad de pertenecer a su época, con ese impulso natural que algunos llaman Gracia de Dios y otros afectividad. Él lo sentía todo hondamente. Se movía por todo el mundo, y tocaba, y era tocado. La suya era una existencia condenada, no sólo porque era extravertido y gregario, sino porque era realmente inteligente, ingenioso, estaba dotado de humor y comprensión para los demás. Por

este motivo había pasado a través de una serie de etapas de exhibicionismo y presunción, hasta alcanzar un estado en el que su verdadero sentido de la realidad quedaba asegurado. Cuando entraba en una estancia la gente se daba cuenta. Él tenía un rostro. No era una imagen ni una vida ficticia lo que mostraba cuando trataba con la gente, sino una genuina realidad.

Él era Eddie Burma, precisamente Eddie Burma, y no podían confundirle con nadie más. Era una de esas personas que siempre se recuerdan. La clase de gente de la que hablan los que carecen de vida propia. A veces escuchaba al pasar algunas conversaciones: «¿Sabes lo que dijo Eddie?» O bien: «¿No te has enterado de lo que hizo Eddie?» Nunca había confusión alguna acerca de la persona de quien se hablaba.

Eddie Burma era una personalidad excepcional en un mundo donde la mayoría de las personas carecían de individualidad, personalidad y existencia propia. Pero el precio que pagó fue el de la perdición. Pues aquellos que nada tenían acudieron a él, y como seres nocturnos se nutrieron sin reparos de su ser. Y bebieron de él. Eran los succubus que le despojaban de su energía psíquica. Eddie Burma, no obstante, siempre tenía algo más que dar. Aunque parecía un pozo sin fondo, lo cierto es que había llegado a ese fondo. En suma, todos aquellos cuyas cuitas había soportado, todos los derrotados cuyas vidas trató de organizar, todos los que reptaban fuera de las cenizas de su existencia, todos ellos se habían llevado cada uno su parte.

Eddie Burma avanzó trastabillando a través de los últimos momentos de su realidad, con el manantial de su ser casi totalmente agotado. Esperaba a que ellos llegasen, con todos sus problemas, con todos sus sufrimientos; les esperaba para que acabasen con él.

Vivo en un mundo hambriento, se dijo Eddie Burma, dándose cuenta, al fin, de la verdad.

—¡Eh, oiga! ¡Salga de una vez de ahí!

La voz sonora y los estrepitosos golpes resonaron a un tiempo en la puerta del excusado. Eddie se levantó temblando y describió el pestillo esperando que fueran ellos. Pero se trataba tan sólo de uno de los clientes de La Cueva, que sin duda tenía prisa por librarse de algún vino barato. Eddie salió tambaleándose del excusado y casi cayó en brazos del que aguardaba. Cuando el rechoncho puertorriqueño vio la sangre y la palidez del rostro de Eddie, se suavizaron sus modales.

—¡Eh...! ¿Se encuentra usted bien?

Eddie Burma le sonrió, le dio las gracias en voz baja y abandonó los servicios. La sala de fiestas aún estaba animada y llena de gritos. Eddie se dijo de pronto que ellos no debían encontrarle en aquel grato lugar, donde todo el mundo se divertía y vivía

intensamente. No debía permitir que lo hallasen en aquel sitio porque para ellos habría sido una ocasión espléndida, y habrían dejado La Cueva tan exangüe como lo estaba él mismo. Encontró una puerta trasera y salió hacia la noche sin luna de la ciudad, tan extraño y solitario como el morador de una caverna situada a diez kilómetros por debajo de la curvatura de otra dimensión.

Aquella calleja, aquella ciudad, aquella noche, bien pudiera haber estado en Transilvania, o en la cara oculta de la Luna, en el fondo de los abismos marítimos. Avanzó con paso vacilante calle abajo, pensando...

—Ellos no tienen vida propia. ¡Ah, este mundo emponzoñado, que ahora conozco tan bien! Ellos sólo poseen la sombría imagen de su existencia, carecen de vida real, como las estrellas de cine, los héroes de novela. Por eso me piden prestado y nunca me devuelven nada, y ni intentan hacerlo. Me piden y se llevan lo mejor que poseo: mi vida. Saltan hacia mí y arrancan pedazos de mi ser. Yo soy la seta que Alice encontró y que llevaba escrita con roja sangre en el sombrero: CÓMEME. Son súcubos que me desangran, que sorben mi alma. A veces siento deseos de buscar algún pozo místico donde poder cargar y revitalizar de nuevo mi personalidad. Estoy cansado. Muy cansado... Hay gentes que habitan en esta ciudad y que caminan gracias a la energía vital que han arrebatado a Eddie. Se mueven de un sitio a otro con sonrisas como se ofrece una chaqueta vieja a un pariente pobre; con ademanes y gestos, y simpáticas observaciones que son todos míos, que ellos han calcado de mí. Soy como los trocitos de un rompecabezas, y ellos están constantemente robándome alguna pieza. Ahora ya no soy nadie, estoy incompleto, me siento incapaz de conservar un aire coherente, tanto es lo que me han arrebatado.

Habían llegado a su fiesta, todos ellos, sus conocidos. Los mismos a los que él llamaba sus amigos, quienes le consideraban como un brujo, como su gurú, como su psiquiatra, como su muro de los lamentos, como su padre confesor, como su vertedero personal de enfermedades, de temores y resentimientos. Alice, que temía a los hombres y halló en Eddie Burma la última prueba que no todos los varones eran como animales. Burt, el chico de los recados del supermercado, que tartamudeaba al hablar y se sentía tan desdeñado como sólo puede sentirse un ser humano.

Linda, que vivía colina abajo y que había encontrado en Eddie Burma un lúcido intelectual, una persona a la que podía explicar sus teorías sobre el universo. Sid, que era un fracasado a sus cincuenta y tres años. Nancy, cuyo esposo la engañaba con otras mujeres. John, que quería ser abogado, pero que nunca llegaría a serlo porque pensaba demasiado en su pierna lisiada. Y todos los demás. Los nuevos, que aquellos parecían traer siempre consigo. Eran tantos los nuevos que nunca había llegado a conocerlos. Recordaba especialmente a la rubia menuda, de pequeños ojos brillantes, que le miraba con un hambre feroz.

Ya desde el principio, aquella noche, se notó que algo andaba mal. Había demasiados

de ellos en la fiesta. Más de los que podía manejar... Todos le escucharon contar lo que había ocurrido cuando en 1960 se trasladó a Nueva Orleans con Tony, en el Corvette, y ambos contrajeron una pleuritis debido a que el techo del coche, que era un convertible, no había sido ajustado debidamente y les sorprendió una tormenta de nieve al cruzar Illinois. Todos ellos estaban pendientes de sus palabras, como ropa tendida en una cuerda, como festones de hierba trepadora. Absorbían cada una de sus palabras y de sus expresiones como seres hambrientos que chupan el tuétano de los huesos jugosos. Se reían, y observaban, y sus ojos relucían...

Eddie Burma pronto advirtió que las fuerzas le iban abandonando lentamente. Se sintió agotado mientras estaba hablando. Ya le había ocurrido antes, en otras reuniones, en otras fiestas, cuando atrajo la atención de los presentes, y al llegar a su casa se sintió exhausto. Ya había sentido algo parecido a aquello. Pero esta noche no recuperaba las fuerzas. Habían estado mirándole como si estuviesen nutriéndose de él, y aquello se prolongó mucho tiempo, hasta que al fin dijo que tenía que retirarse a descansar, y que ellos debían irse a sus casas. Pero no le hicieron caso.

Entonces Eddie Burma comenzó a llorar quedamente. Sus ojos estaban enrojecidos y su cuerpo parecía carecer de musculatura y de huesos, recubierto tan sólo por una membrana elástica que en cualquier momento podría resquebrajarse.

Trató de ponerse en pie a fin de marcharse para poder descansar, pero ellos se volvieron cada vez más insistentes; le pidieron, le ordenaron, se pusieron intolerantes. Fue entonces cuando la rubia se acercó a él y le hizo un corte en el costado. Sin saber cómo, en la confusión que se produjo, al enzarzarse los presentes entre ellos para apoderarse de él, había podido escapar. Huyó desesperadamente, sintiendo que la herida le desgarraba dolorosamente la carne. Logró escurrirse a través de los árboles de la hondonada donde estaba oculta su casa, y luego cruzó el bosque y la colina, hasta llegar a la carretera, donde llamó a un taxi. Luego se hizo conducir a la ciudad...

—¡Mírenme! ¡Mírenme, por favor! —pensó—. No se limiten siempre a tomar de mí. ¡No se bañen en mi ser para luego marcharse impunemente! Quédense y dejen que algo de vuestra suciedad me roce y pase a mí. Me siento como un hombre que fuese invisible, como una alacena que gotea almíbar... ¡Oh, Señor! ¿Acaso esto es un drama, y yo el actor involuntario? ¿Cómo podría evadirme de este escenario? ¿Cuándo van a bajar el telón? ¿No hay alguien, Señor, que pueda ayudarme? Yo hago mis visitas como un curandero. Todos los días paso algún tiempo con cada uno de ellos. Con Alice, con Burt, con Linda en la falda de la colina, y ellos siempre toman algo de mí. Nunca dejan nada a cambio. No es un trueque, es un robo. Y lo peor de todo es que yo siempre he necesitado eso, siempre he dejado que me robasen. ¿Qué enfermiza necesidad fue la que me impulsó a permitirles entrar en mi alma? Hasta las ratas de alcantarilla dejan algo cuando roban un objeto, aunque éste carezca de valor. Yo recibiría con gozo cualquier cosa de ellos: una breve anécdota, un pensamiento gastado, un concepto absurdo, la broma más necia, la revelación más detestable... ¡Cualquier cosa! Pero

todo lo que hacen es permanecer allí sentados mirándome con la boca abierta, con los oídos tan pendientes de mí que incluso mis palabras pierden todo color y aroma... Siento como si estuvieran reptando en mi interior. Ya no puedo soportarlo más. Juro que no puedo aguantarlo más.

El extremo de la calle se encontraba bloqueado. Unas sombras se movían allí. Burt, el chico de los recados. Nancy, y Alice, y Linda. Sid, el fracasado. John, el que se balanceaba al caminar. Y también el médico, y el electricista, y el cocinero de la pizzería, y el vendedor de coches usados, y la pareja que buscaba otras parejas para cambiar, y el bailarín de la discoteca... Todos estaban allí. Y venían a buscarle. Por primera vez vio sus dientes.

Un momento antes que se abalanzaran sobre él, se extendió, tan silencioso y eterno como la corrupción que consumía su mundo. No tenía tiempo para compadecerse de sí mismo. No se trataba tan sólo del hecho que Eddie Burma había sido víctima de unos caníbales todos los días del año, todas las horas del día, todos los minutos de la hora.

La noción de la realidad le llegó en un momento desdichado, justamente en aquel instante intemporal. Se dio cuenta que había sido él quien les dejara hacerlo. Que él no era mejor que ellos, sino tan sólo diferente. Ellos eran los que comían, y él su comida. Nadie era culpable de nada. Necesitaba que la gente le venerase y le admirase. Necesitaba el amor y la atención de los demás, la adoración de los simios. Y para Eddie Burma aquello era como una especie de antesala de la muerte. Era la muerte de su inconsciencia, el fin de su ingenuidad. En ese preciso instante advirtió lo ingeniosas que eran las cosas que decía o hacía, aun cuando fuese en un plano orgánico inferior al de la conciencia. Pero se daba cuenta. ¡Sí, se daba cuenta!

Y este conocimiento de su situación fue lo que les arrastró hacia él, a nutrirse de él. Lo que le condujo a la vanidad, a las pretensiones vanas, a la jactancia. Quedó así convertido en un ser carente de sustancia, de realidad. Y si había algo de lo que sus acólitos no pudieran alimentarse era de un ser humano afectado, artificial, vacío. Ellos terminarían de vaciarle. Se arrojaron sobre él ávidamente, y en breves instantes ultimaron sus despojos. Cuando todo hubo concluido, le dejaron abandonado en el callejón.

Una vez yerto el cadáver, los vampiros se alejaron en busca de otras arterias palpitantes.